MACHADO EN LA OBRA DE JOSE MORENO VILLA: UNA VISION DE LO CONTEMPORANEO*

Inmaculada Salas Moreno

No hemos de buscar mucho en la variada y extensa obra en prosa de José Moreno Villa para encontrarnos con Antonio Machado. Aparece recordado y retratado con la plasticidad minuciosa del Moreno Villa pintor y el respeto crítico del poeta. Son varios sus escritos dedicados específicamente a la persona y la obra del sevillano. Unos, como "Las cinco palabras de Antonio Machado"[1], son puramente filológicos. Otros, "Palabras sobre Antonio Machado"[2] o "El español menos bullanguero"[3] se escriben con ocasión de sendos homenajes a la figura de Antonio Machado celebrados en Méjico en los años 1940 y 1947 respectivamente. Pero hay también un Machado disperso por las páginas de la autobiografía de Moreno, *Vida en claro*[4], y en los artículos y ensayos publicados en periódicos o revistas mejicanas[5].

De estas páginas se desprenden noticias sobre la relación que los unió o el peso del maestro en el primer poeta José Moreno Villa. Pero nos llega sobre todo el hombre Antonio Machado, dibujado de cuerpo entero, con abundantes detalles sobre su apariencia, su carácter, su comportamiento o el lugar que ocupó en la vida artística e intelectual de la época. A todos estos aspectos atiende Moreno como contemporáneo y amigo, y serán los que intentaremos recoger con el objeto de concentrar lo que anda diseminado por la escasamente conocida obra de José Moreno Villa.

La relación que vinculó a Moreno con Machado no fue tan constante e intensa como la que le unió a otros autores coetáneos como Baroja, Ortega o el propio Juan Ramón Jiménez. Quizá ello fue debido a la repetida ausencia de Machado del "hervidero"[6] de Madrid, donde Moreno vivió, con algunos paréntesis, desde 1913 hasta que la guerra lo llevó, con Machado, a Valencia. Pese al escaso contacto, no faltan en los escritos del malagueño referencias a una amistad más o menos profunda:

> "Cuando volvía a España de mis estudios en Friburgo, con mis lecturas de los clásicos alemanes, me encontré con una trinidad poética triunfante, y mi primer libro se lo dediqué a ella: Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez. Fue el año de 1913, y desde entonces mantuve alguna relación con Antonio. Nos escribíamos

cuando publicábamos algún libro y nos veíamos de tarde en tarde. Recuerdo que en su primera carta me decía algo así: 'En su libro *Garba* están todos los libros que usted irá escribiendo'. Sé que me estimaba, entre otras cosas porque compuso un largo artículo sobre mi poesía allá sobre el año 1923."[7]

En "Palabras sobre Antonio Machado" leemos:

> "Mi trato con Machado no fue muy seguido, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de su humildad."[8]

Asimismo, en *Vida en claro* recordará Moreno las visitas de Antonio a su cuarto de residente, como seguidor de su labor creativa:

> "Alguna vez subió hasta mi cuarto de la Residencia de Estudiantes a escuchar mis últimas poesías. Este gesto de llaneza, de humildad, me conmueve todavía. Porque hay que pensar en que él era una gran figura y yo no pasaba de principiante."[9]

Esta relación se inscribe en el marco de la que Moreno mantuvo con los autores de la generación del 98[10], unos años mayores que él, los suficientes para quedar descolgado estéticamente del grupo, pero no para impedirles una convivencia y enriquecimiento mutuos. Semblanzas de todos ellos, artistas e intelectuales[11], desfilan por el magnífico conjunto de ensayos "los autores como actores" y en varias ocasiones les reconoce haber sido pauta y ayuda en sus primeros años de joven escritor que llegaba a buscarse la vida en Madrid. Entre estos "ángeles tutelares" incluye Moreno a Antonio Machado. Citemos sus palabras recogidas en la variante del capítulo "De la mano de las musas":

> "Tan importante como lo que uno hace por ir avanzando en la vida es lo que hacen las cinco o seis personas que el destino pone a nuestra vera como ángeles tutelares. Yo he tenido una media docena. Hay que rendir justicia y gratitud a los que nos ayudaron en la vida.
> De estas personas hay unas que son impulsoras. Tales fueron mi padre y un viejo amigo, Ricardo Orueta (...).
> Pero las musas me condujeron ante otras personas más influyentes en la vida literaria, la primera, José Ortega y Gasset, la segunda Juan Ramón Jiménez. Más tarde Eugenio d'Ors y Antonio Machado."[12]

En efecto, Ortega se mostró atento a la obra de Moreno Villa desde sus primeras publicaciones. Prologó su segundo libro con el fundamental "Ensayo de estética a manera de prólogo"[13]. Juan Ramón, a pesar de que, como Moreno señaló más tarde "la amistad con Juan Ramón ha sido más afectada que real"[14], le prestó ayuda facilitándole su primer trabajo en la editorial Calleja y publicó, en 1914, un poema dedicado a Moreno por su "Selva fervorosa"[15].

Por su parte, Antonio Machado publica en junio de 1925 en la *Revista de Occidente* el ya citado artículo "Reflexiones sobre la lírica. El libro *Colección*

del poeta andaluz José Moreno Villa (1924)"[16], artículo que en realidad, como ocurre con el prólogo de Ortega, arroja más luz sobre la poética del crítico o la época[17] que sobre la del autor estudiado. Lo cierto es que este interés de los autores "consagrados" por la obra de Moreno favoreció su aceptación y afianzamiento como poeta. Así lo entendió Gerardo Diego: "Tuvo la suerte de interesar, primero a Ortega, y luego a Antonio Machado, que, con motivo de prologar sendos libros suyos, le dedicaron magníficos estudios de poética."[18]

Pero volvamos sobre el artículo de Machado. En agosto de 1952, Moreno Villa lo resume y comenta en sus artículos de "El Nacional". Allí explica su origen: "En el año de 1924 tuve la candidez de presentar un libro de versos titulado *Colección* al premio Fastenrath, que libra la academia de la lengua periódicamente. Se llevó el primer premio un libro del poeta santanderino José del Río Sanz. Yo, francamente, lo sentí por las pesetas. Pero tuve siquiera la compensación de que Antonio dedicase quince páginas de la Revista de Occidente (n.º 24, junio de 1926) al libro preterido."[19]

Con respecto a la impresión que produjo en Moreno la lectura de estas "Reflexiones sobre la lírica" contamos con dos testimonios. El primero es de 1940: "Sé que me estimaba porque compuso un largo artículo sobre mi poesía en la Revista de Occidente (...) en ese estudio que escribió Machado dijo algo que fue muy doloroso. Algo que otro compañero no le hubiera perdonado. Yo sí, por venir de él, criatura sin veneno."[20]

A quien leyera el artículo de Machado podría parecer exagerado que Moreno considerase que contiene "algo que fue muy doloroso. Algo que otro compañero no le hubiera perdonado". No apreciamos en él ningún ataque directo, más bien al contrario, se desprende una impresión general de alabanza. No se entiende, pues, esa afirmación sin leer unas palabras que escribiera años más tarde, donde recoge lo que entonces le dolió: "Machado no se declara contra mi arte paladinamente; lo elogia y analiza con evidente apego, pero, en el fondo, se ve que le parece imperfecto. Dice: 'Muy bellas son las canciones de Moreno Villa. Creo que ninguno de nosotros las haría mejores. Pero, si alguien me pregunta qué falta al poeta para alcanzar la perfección de su arte, no sabría, en verdad, responder.'"[21]

Tengamos en cuenta que *Colección* no es la primera, sino la sexta obra poética que Moreno publica y que no es ya un principiante: Moreno tenía 37 años y el primer ciclo de su producción estaba cumplido. Se comprende, pues, su reacción. No obstante, no ha sido Machado el único en afirmar la imperfección del quehacer poético de José Moreno Villa. Los que han prestado atención a su obra coinciden en el carácter a menudo improvisado de la misma, en el frecuente prosaísmo, en la falta de corrección[22]. El mismo lo reconocerá en varias ocasiones: "He vertido con vehemencia el pan caliente que iba cociéndose en mi horno. A pesar de haber puesto, durante el acto de escribir, miramiento en una porción de detalles que consideraba yo imprescindibles para la calidad de la obra, el ardor del momento creativo superaba a la capacidad de autocrítica.
No me duele. Creo que incluso los lunares ayudan a definir nuestro carácter."[23]

Luis Cernuda, en sus *Estudios sobre poesía contemporánea, señalando la tendencia de Antonio Machado y José Moreno Villa hacia la parnasiano, concluye en*

la perfección del arte del primero y la imperfección de la obra del segundo: "Lo marmóreo, la perfección en frío y toda exterior, debía chocar con sus predilecciones íntimas, como también parecía ocurrirle a Machado[24], pero en éste raramente se le antoja al lector que haya algo a retocar en sus versos, y en los de Moreno Villa sí se nos antoja en ocasiones."[25]

Y es que, no obstante haber andado entre las vidas de Unamuno, Juan Ramón, Ortega, Machado, etc., nunca fue considerado —como poeta— a su altura. Alberti, en *La arboleda perdida,* señala el carácter "menor" de la obra de nuestro autor: "No era un poeta entonces —y nunca llegó a serlo— 'jaleado' como Machado y Juan Ramón. Quiero decir que su nombre no andaba con frecuencia en los labios de los 'nuevos', quienes repetíamos de memoria los poemas de los dos grandes andaluces, elevados a la categoría de genios."[26]

Un afán de independencia y originalidad marcó la vida y obra de Moreno Villa. El lo resume de forma lapidaria en 1952: "Yo quería estar solo."[27] Y es que, si antes dijimos que por su edad y por el carácter de su obra quedaba fuera del grupo noventayochista, lo mismo le ocurrió con el movimiento que se gestaba. Conoció a los autores del 27, les enseñó y apadrinó, convivió con ellos en la Residencia de Estudiantes, participó, con su obra, de los ismos que estos introducían y, sin embargo, no es posible incluirlo dentro de dicho grupo. De ahí la constante calificación de Moreno como poeta "puente", "de transición" o "a caballo entre dos generaciones"[28]. Insistimos en esta idea porque, si no se tiene en cuenta su condición de ave rara, no se comprende cómo pudo dibujar, con el mismo distanciamiento crítico, a los conservadores y a los renovadores[29]. Volvamos a sus palabras: "Todo aquel encierro voluntario había conducido a nada. Seguía teniendo fe en mis dotes poéticas, pero el instinto me decía claramente que iba quedando oscurecido entre dos generaciones luminosas, la de los poetas del 98 y la de los García Lorca, Alberti, Salinas, Guillén, Cernuda, Altolaguirre, Prados."[30]

Y unas páginas más adelante: "Yo estaba entre dos fuegos, pero seguí mi camino impertérrito. Veía la razón de los viejos y la de los jóvenes como dos sinrazones."[31]

Su posición, la del que juega con todos sin comprometerse con nadie, le llevó al aislamiento del creador que no se adscribe a ningún movimiento concreto, pero le convirtió en un finísimo observador del panorama artístico de los primeros 40 años de nuestro siglo. Esta particular visión de los hechos y personajes contemporáneos permite, sin ir más lejos, que elaboremos ahora este estudio sobre el Machado de Moreno Villa.

El eco de D. Antonio en la obra de Moreno se concentra en la primera fase de su producción poética, la que delimitan sus libros *Garba* (1913) y *Colección* (1924) y que Luis Cernuda considera como "posmodernista con insistencia en lo folklórico"[32]. José Francisco Cirre, a propósito de un comentario sobre un poema de *Colección,* señala: "Este pequeño poema nos suena a música conocida. Tal vez a Antonio Machado. Aunque no haya, ni yo lo insinúe, imitación del sevillano, la proclividad a descubrir recondites espirituales de cierta amplitud universal y popular emparenta a ambos escritores."[33]

Esta influencia de Machado es equiparable a la que recibió de Unamuno, de Juan Ramón o de Rubén, y que conforman el aliento modernista de los primeros

libros, en los que es asimismo evidente la huella del otro Machado, Manuel[34]. Nos estamos refiriendo al eco del primer Antonio Machado, el que califica Moreno Villa tanto en "El español menos bullanguero" como en "Las cinco palabras de Antonio Machado" de verlainiano y becqueriano: "Para los jóvenes poetas de hoy, la estampa de Machado viene a ser la de un patriarca sereno, majestuoso. Para los que somos de más edad, Machado es también otra cosa: el joven Machado, es decir, el romántico y verlainiano que se ve en sus primeras poesías."[35]
"... en su primera época sobre todo, becqueriana y verlainiana, tan romántica, tan basada en el recuerdo, en la evocación, en la melancolía y el desengaño."[36]

Pero también hará mella en Moreno el segundo Machado, que él mismo ha estudiado, el Machado de Castilla: "En esta segunda etapa de su vida, ya no hay vestigios de aquel Modernismo primero. Sin embargo, un buen catador de versos comprenderá que la lección poética de Rubén le sirvió durante toda su vida."[37]

De Machado y del 98 en general proviene, como ya indicara Cernuda, la preocupación españolista de Moreno Villa[38], así como la aparición del tema castellano. Casi huelga decir que la Castilla de Moreno está muy lejos de la Castilla machadiana. La del malagueño es medieval, histórico-artística, y su recreación: evocadora, dinámica y de superficie. Nace de viajes ligados a su actividad en la sección de arqueología e historia del arte en el Centro de Estudios Históricos, bajo la tutela de Manuel Gómez Moreno[39]. El espíritu castellanista de Moreno Villa se plasma definitivamente en la emblemática dedicatoria que abre su libro *Colección*[40]: "A la tierra que me sostiene y me lanza: Castilla."

Pertenece así Moreno al elenco de autores que interpretaron a Castilla, se suma a la tradición de la que siempre había considerado a Antonio Machado mentor definitivo, como se desprende de los fragmentos que transcribo: "... Azorín, Manuel B. Cossío y Francisco Giner. Reúno a estos tres porque los considero lanzadores del tema Castilla. Los maestros Giner y Cossío lo lanzarán pedagógicamente desde el recato escolar de la Institución famosa combatida. Pero vendrá luego Azorín y lo lanzará a los cuatro vientos con el lentificado ritmo de su prosa, y vendrá también Antonio Machado a lanzarlo con el tono de su voz severa y rítmica. La prosa del uno y los versos del otro harán llegar a toda clase de gente lo que los viejos maestros musitaban en sus fervorosas lecciones y charlas: el amor, la preocupación por Castilla; por su nobleza y su arte, su paisaje, por su tradición y adormecimiento, por mil motivos."[41]

En "El español menos bullanguero"[42], insiste en la misma idea: "Antonio Machado no amó las trochas ni fue seducido por los guiños mujeriles de la moda desde que descubre a Castilla en el maravilloso y trágico escenario de Soria. Debe recordarse que 'Castilla', como tema literario, estaba ya descubierto. Don Francisco Giner, Unamuno y Azorín son grandes intérpretes o amantes de Castilla antes que él. También Ortega. Puede decirse que España y Castilla han preocupado a todos los escritores desde el 98 para acá. Y a los pintores. Recuérdese a Zuloaga y a sus derivados. Pero Antonio la descubre por sí mismo, con voz y acento propios, la ofrece en versos que aprenderán ya siempre los españoles párvulos. A veces mete en dos líneas toda la esencia castellana."

Hasta ahora hemos señalado en Moreno la huella modernista (también romántica) y castellanista del sevillano. Pero vayamos más allá. El reflejo de Machado trasciende lo meramente formal o la referencia a un tema determinado.

En las palabras que Moreno Villa dedica a la recreación o al estudio de la obra poética de D. Antonio subyace un respeto asumido, una admiración seria hacia los principios de la poética del maestro, que consta a su entender de un contenido profundo, de un equilibrio clásico, de una base lógica que se aleja de la poesía "bullanguera y decorativa". El mismo nos explica qué entiende por "poeta decorador": "Entiendo por poeta decorador al que arma sus castilletes con meras imágenes o gracias verbales, al que prefiere en arquitectura la escayola y el adorno a la piedra y el buen reparto de los elementos. No niego que pueda nacer con genio, pero su genio acaba por enervar al lector."
"Antonio Machado, que partió del romanticismo verlainiano, terminó en clásico por la admirable ponderación lograda al servirse de todos los elementos poéticos: idea, corazón, ritmo, acento, imagen, sombra y luz, color vivo y sordo gris."
"Nada más lejano de Antonio que los imaginistas, los truculentos y los propagandistas de hoy, muchos de los cuales le rodearon en sus últimos días."[43]

En este sentido, Moreno Villa asocia a Machado con Unamuno. Ambos son considerados como "poetas reflexivos" a la altura de los clásicos: "La diafanidad y la lógica interna y externa del poema se ha mirado con desdén por los grandes poetas extranjeros en lo que llevo de vida; pienso en Mallarmé y en otros más cercanos, como los surrealistas[44]. Allá ellos. Estoy más con los poetas reflexivos, se llamen Garcilaso, Unamuno, Antonio Machado, Shakespeare o Goethe. Ellos han sabido unir clasicismo y romanticismo que, casi representan forma y alma respectivamente."[45]

En otra referencia Moreno sitúa a Machado y Unamuno entre los "poetas de enjundia". Destaca también el equilibrio constante del primero frente a las frecuentes debilidades del salmantino. "En España, durante el último florecimiento lírico, que se inicia con Darío, hubo, como es natural, poetas de enjundia y poetas decoradores. Entre los primeros están Unamuno y Machado. Los poetas de enjundia corren el peligro de perder el timbre poético por diez monedas metafísicas. Esto le ocurre a Don Miguel muchas, muchísimas veces, nunca a Machado."[46]

Citaremos por último, para ilustrar definitivamente lo que venimos argumentando, un párrafo de las "Memorias revueltas": "Odiaba el proselitismo y me hubieran molestado los imitadores. Afortunadamente, como me interesaba más lo sustancial de la poesía que la forma, no era fácil la imitación. Se imita a los estilistas como Juan Ramón o García Lorca, pero no tanto a los que bucean en zonas más internas como Unamuno y Antonio Machado."[47]

Insiste Moreno en dos características fundamentales de la obra machadiana: se dirige hacia lo más hondo, sin circunloquios, y no pierde nunca el pulso entre el intelecto y el sentimiento: "Antonio alcanzaba las profundidades alargando el brazo derechamente, sin esguinces ni manipuleos ingeniosos, sin más temblor que el temblor caliente de las venas: ese que recorre en perpetuo virage las zonas de los sentimientos (...) su maestría mantuvo el equilibrio entre los poderes de uno y de otro, con qué domínio y qué olfato! Por esto será siempre un clásico."[48]

Fijémonos en que Moreno se sirve, para interpretar la obra poética del sevillano, de los postulados que el propio Machado expuso en sus "Reflexiones sobre la lírica". Lo que Moreno hace al atribuirle un "equilibrio entre el corazón y el cerebro" es recurrir a lo que ya había expresado D. Antonio quince años antes al

estudiar la obra del primero: "No es la lógica lo que en el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica (...). Si preguntamos ahora cuál de estos dos elementos —los lógicos o los intuitivos— llevan el acento dominante en la obra total de Moreno Villa nos será difícil contestar de una manera rotunda. Yo creo ver en su lírica una tendencia a la ponderación y al equilibrio."[49]

Pero quizá la vinculación estética de ambos poetas la hayan plasmado las palabras de otro testigo decisivo en el momento artístico del primer tercio de siglo: Eugenio d'Ors, en una de sus "Glosas de Xenius" a *El Pasajero:* "(...)el extasiado Moreno Villa es algo filósofo. El posee, como Antonio Machado, una guitarra metafísica. Caso estupendo que el mundo no sospechó jamás (...). La guitarra metafísica de Machado es intelectualista. Sus asonancias riman a veces el paso, ni siquiera apresurado en exceso, de una disertación. Pero el poeta nuevo canta el oscuro fluir. 'El pasajero' permanece fiel a lo pasajero. Toda música es un peligro. Le reste est littérature... mañana gritaremos, vueltos a lo clásico."[50]

Hasta ahora hemos tratado de situar en su justo lugar la relación que unió a ambos autores y afirmar la conjunción de sus obras y concepciones artísticas. Hemos visto al poeta Machado en el poeta Moreno Villa. Veamos ahora al hombre Antonio Machado en la galería de retratos del eterno buceador de la memoria que fue Moreno.

Son varios los retratos, las semblanzas del maestro diseminados por sus artículos. Este interés por el aspecto físico de los autores que evoca o estudia coincide con su peculiar manera de enfocar los ensayos filológicos-literarios. Todos son, en gran parte, biográficos. Atienden casi con igual detalle a la persona y a la obra. Moreno expone los principios de su particular visión en *Los autores como actores,* título ya suficientemente revelador: "Los trabajos incluidos en este volumen pertenecen a dos hemisferios: al de la crítica literaria y al de la convivencia literaria; al del estudio sobre los productos de creación y al del conocimiento directo de los autores. La historia literaria no se conforma con registrar y analizar las obras legadas por los autores; ansía conocer a éstos como seres humanos y en función social (...). El haber convivido con escritores de la generación del 98 y de las generaciones siguientes me permite iniciar un ensayo en este sentido."[51]

Le importan, como veremos en las descripciones de Machado, el carácter del autor, el total de la fisiología, incluidos su aspecto, su forma de andar o de vestir. Recordemos la primera impresión de Machado que Moreno refiere en *Vida en claro:* "Recuerdo bien dónde lo vi por vez primera. Estaba parado en la puerta del Ateneo. Yo venía con Juan Ramón, que me dijo:

"—Mire, aquél es Antonio Machado.

"—¿Aquél tan sucio? —le pregunté.

"—Sí.

"Además de sucio era distraído. Una tarde, me senté a su mesa en el café Kutz. Estaban con él su hermano Manuel y un tal Fernández, que sabía de teatro. Este y Manuel estaban fumando, yo saqué mi petaquilla, tomé un cigarro, y como los que yo fumaba no solían gustar a los españoles, no le ofrecí a Antonio. Este, sin embargo, distraído, y creyendo que yo le había dado uno, encendió una cerilla y se la aplicó a los dedos llevados a la boca.

"Andando por la calle parecía uno de esos eternos cesantes que nadie sabe de qué viven. Daba también la impresión de que venía de muy lejos, con muchas leguas de carretera atrás y que iba a otros parajes que los demás mortales. ¡Qué suyos aquellos versos: 'Yo voy soñando caminos...'"[52]

Parejo es el retrato que leemos en la variante del capítulo "De la mano de las musas": "Andaba renqueando, con aire pesado y vestimenta destartalada y sucia. Daba la impresión de no haberse mirado jamás por fuera y de que, en cambio, vivía para adentro, mirando los 'caminos de la tarde', las 'soledades'. Era corpulento, se vestía de negro. Fumaba mucho y la ceniza le regaba la pechera, el chaleco y los pantalones. Le recuerdo en los cafés castizos sentado con pocos amigos, asintiendo con la cabeza y los ojillos negros y aventurando alguna anécdota u observación sensata con aquella boca en que los dientes parecían unos piñones a medio masticar que le estorbaban la elocución."[53]

Si extraemos los elementos recurrentes de ambas descripciones, concluiremos en la pintura de un Machado ensimismado, constantemente ausente, descuidado y sucio, de andar lento y pesado, corpulento, fumador empedernido, en cuyo rostro destacan los dientes como piñones mal enfilados (volverá a utilizar el mismo símil) y unos ojos negros, pequeños y vivaces. Se entiende que Moreno insista en el desaliño de Machado porque, en lo referente al cuidado personal, era su opuesto. Fue el malagueño un hombre pulcro, un "caballero andaluz" de sobria elegancia que aparece en los retratos de toda su vida bien encorbatado y cuidadosamente vestido. Así lo han descrito los que le conocieron[54].

Veamos, por último, el retrato de Machado que figura en *Los autores como actores*. Encontraremos de nuevo los mismos constituyentes: "Podemos evocar el timbre de su voz y el ritmo lento de sus piernas caminantes. Justo por esta época del año, rica en tolvaneras, lo veo casi materialmente, le proyecto en las colinas o los alcores de la severa Castilla 'caminando solo, triste, cansado, pensativo y viejo' como se vio a sí mismo un día. Y le veo por la tarde, en 'una tarde cenicienta y mustia', mientras 'el aire polvoriento' le hace flamear la negra bufanda empapada de tabaco frío. Se apoya en un bastón que todos hemos visto alguna vez en las manos de muchos abuelos. Hala una de sus piernas como si tirase de un sable. Se detiene, levanta la cabeza y otea los valles y los cielos con esos ojillos vivaces, de ratón, que no emparejaban nada con su corpulencia y su lentitud machacona. Está un poco jadeante y no le entiendo bien lo que dice; pero creo que dice algo parecido a esto que yo aprendí de niño:

Pa las cuestas arriba
quiero mi burro
que las cuestas abajo
yo me las subo.

"¡Qué más da que fuese otra sentencia rimada, seguramente tendría el humorismo socarrón de ésta! Y si no percibí la suya fue porque estuve atento al movimiento extraño de su boca, por donde asomaban, como queriendo escaparse, unos dientes mal enfilados que más parecían piñones sueltos y prontos para ser expelidos."[55]

Además, Antonio Machado es, según Moreno Villa, un asiduo del café castizo y la tertulia llana: "Antonio, andaluz y verlainiano en sus orígenes, conservó hasta el fin aquel apego de los bohemios al café, a la bebida y al desaliño."[56]

Asimismo, a la hora de perfilar la esencia humana interna de Machado, le atribuye con el certero pincel de un sicólogo la imagen del hombre a quien el tiempo sorprende sin poder valerse por sí mismo, híbrido entre el niño crecido y el anciano prematuro. Explica Moreno este aire envejecido por dos causas fundamentales: su temprana viudez y su condición de filósofo: "Este hombre, que nunca fue abuelo, ni padre siquiera, era ya a los 35 años un perfecto abuelo en su apariencia y un perfecto padre en cuanto a su virtud poética.

"¿Qué le envejeció? ¿La viudez, la filosofía?

"Siempre tuvo el pudor de no hablar de la que fue su compañera. En sus versos, cuando se le cruza, la llama 'ella'. No fue en esto como Balart. En cambio, se le veía su viudez, le envolvía una especie de absoluto desamparo, como si de verdad 'ella' hubiera sido para él la totalidad humana y, al desaparecer, hubiese desaparecido del mundo. Así era la humanidad y la hombría de este verdadero señor (...). Desde entonces, viejo-niño, se le ve apegado a su madre y a sus hermanos; que sin duda veían en él al niño grande y al gran niño; al poeta y al hombre incapaz de anudarse la corbata o de cepillarse la ropa manchada de ceniza y de barro (...). El otro supuesto, el que la filosofía le avejentase prematuramente, puede parecer un supuesto candoroso y digno de piadosa sonrisa (...). El hecho es que en Antonio Machado hubo un filósofo vocacional, ya que no profesional, y que esto le imprimió carácter, lo mismo que la viudez."[57]

En "El español menos bullanguero" vuelve Moreno Villa sobre el carácter sobrio, reflexivo y profundo de Machado, apartado del ruido y de todo lo que significase fatuidad o espectáculo. De nuevo nos transcribe el retrato de un Machado llano, reconcentrado, mirando a sus adentros, investido de la serena seriedad del sabio que sabe a dónde se dirige: "Antonio sigue una curva en su vida creativa que le aparta del llanto jeremíaco y le sube al sereno pesimismo de los dioses. Y él, tan apegado a la filosofía, se da cuenta de la hondura y altura de sus poemas, y ni por el alma se le pasa el andar bullendo o metiendo ruido para obtener una hora de expectación o un día de brillantez. Lo que quiere no es la hora ni el día, sino la eternidad en toda su longitud. Es decir, lo infinito, lo mayor. Y esto sin decirlo ni aparentarlo. Porque nadie fue tan llano en su comportamiento como él.

"Por esto es serio, por esto se le llamó serio a Antonio. Porque no buscaba el estampido del cohete, sino el son eterno del mar. Pertenecía a esa casta de hombres que, cuando se deciden a hacer algo, dicen: 'Hay que hacerlo bien, no por el pequeño aplauso ni la palma académica, sino porque hacer las cosas bien es lo único digno del hombre.'"[58]

En este vivir ajeno al entorno, a la vida literaria del momento, tuvo que ver la lejanía real y física de Machado, su enclaustramiento —destierro— en tierras castellanas o andaluzas. Así llama Moreno la atención sobre ello: "Antonio Machado fue siempre un retraído ensimismado. Pasó la vida en el silencio y la lejanía. ¿Dónde está Machado? Metido en Soria, sumido en Baeza, hundido en Segovia, contestaba alguien. Como si realmente sufriera castigo de destierro. Es cierto que el Estado pudo, y hasta debió, sacarlo de esos maravillosos rincones donde pasó lo mejor de su vida; pero, estoy seguro de que habiéndolo traído a Madrid, hubiera vivido en el apartamiento de siempre, como vivió en sus últimos años. En Madrid estuvo a partir del advenimiento de la República y seguíamos preguntándonos: ¿Dónde está? Estaba metido en un café de la Plaza de la Cebada, o sumido

en un café de la Plaza de la Cebada, o sumido en un café que hay junto al teatro de la Opera, o hundido en una pequeña tertulia del café —Kutz— a las horas que no iba la gente."[59]

Es, pues, el retraimiento de Machado algo intrínseco a su persona. La vida en Madrid no cambió sus costumbres. Moreno Villa en "(Cómo fue) el camino con las musas" ya había anunciado una velada protesta contra el olvido oficial hacia la figura de Machado, perdida en provincias. No niega, sin embargo, que este "olvido" fuera positivo para su obra y su persona: "La vida española no le rescató a su debido tiempo de esos lugares tan bellos como olvidados y medio fenecidos que nutrieron su musa, Soria, Baeza y Segovia. No le rescató, quizá para bien de su fisonomía total. Porque Madrid no le desvirtuó como a tantos otros."[60]

Una vez que hemos ensayado el retrato general, físico y humano de Antonio Machado, intentaremos situarle entre los hombres que han pasado con él a la historia de la literatura. Siempre, claro está, a través de los ojos de Moreno Villa. Son frecuentes en sus escritos interesantes comparaciones —quizá tendenciosas por subjetivas— entre los autores que conoció. Así, es posible caracterizar a Machado frente a Juan Ramón, a Baroja o a Unamuno cotejando los diferentes juicios sobre cada uno de ellos. En esas manifestaciones destacan: la prudencia, la benevolencia crítica del sevillano, frente al ensañamiento y la impiedad de Juan Ramón; la honesta humildad de Machado frente a la soberbia oculta de Baroja. La llaneza, la sencillez en la conversación de Machado frente al exhibicionismo verbal de que gustaba Unamuno.

Machado y Juan Ramón se convierten, en las páginas de Moreno Villa, en los Caín y Abel de las letras españolas del momento. En "(Cómo fue) el camino con las musas", leemos lo siguiente: "A este Machado no le oí jamás una censura, juicio adverso o malévolo sobre algún escritor. Era de una prudencia absoluta, como los que miran los acontecimientos cercanos desde un mañana tranquilo."[61]

Recordemos que en palabras ya citadas de "El español menos bullanguero" calificaba al maestro de "criatura sin veneno". Muy diferentes son los atributos que aplica a Juan Ramón. El comedimiento de Machado adquiere pleno sentido en contraste con los párrafos que transcribimos a continuación: "Juan Ramón es un despiadado adorador de valores; despiadado porque carece de ese sentido humanitario, humano, que se llama tolerancia, o comprensión, o indulgencia o caridad. No es humano. Es duro como un ente de razón, a pesar de sus aciertos sentimentales. Algunas veces le brota el alma, pero a escondidas o hurtadillas de su razón pura.

"(...) La amistad con Juan Ramón es algo tan propenso a nublados como el cielo de Bretaña, porque, como dije y creo, no se apoya sino en el valor literario de las obras que uno vaya dando, y se desinflan ante pequeños movimientos vitales que sólo enojan a las damas (...). No somos de la misma raza, pese al andalucismo. Se levanta delante de nosotros una muralla de remilgos y maneras afectadas, en cierto modo D'anuncianas, que a mí me repugnan sobremanera."[62] La antítesis Antonio Machado-Juan Ramón Jiménez vuelve a aparecer en el análisis del fenómeno de traslación que experimentaron los jóvenes del 27: El alejamiento progresivo de la figura de Juan Ramón y la aproximación a Machado. Fue la guerra, según Moreno, la que puso al descubierto la calidad humana de ambos poetas: "Cuando vino al mundo la generación de Lorca y Alberti, un tanto funambulesca

o espectacular por fuerza de la época, noté que se apartaban de Juan Ramón y respetaban a Machado. El fenómeno era curioso porque todos ellos se habían formado en la estética juanramoniana. El secreto de aquel viraje se ha visto muy claro en la guerra, es decir, cuando los valores morales desplazaron a los estéticos.
"Entonces, aquel hombre oscuro, nada bullanguero, fue alzado, materialmente enarbolado como bandera, como ejemplo de poeta de oído subterráneo que muchos años antes de la tragedia oyó lo que nadie oía. Y lo hizo porque era capaz de hundirse en la soledad, lejos de la bullanga de los meramente estilistas y de los cazadores de gloria rápida."[63]

Más tarde, con el transcurso de los años, publicó en la serie "Algo sobre poesía" un magnífico artículo en el que sitúa y aprecia en justicia la labor seleccionadora y crítica de Juan Ramón en relación con la escasa actividad directiva de los Machado. No dejará, sin embargo, de hacer notar la cara oculta de la dedicación juanramoniana: "Para darnos cuenta bien clara de esta tarea de Juan Ramón Jiménez, pensemos en qué hicieron otros poetas modernistas de altura como los Machado en este aspecto de política poética. ¿Trataron de agrupar? ¿Trataron de animar a los jóvenes?
"Tal vez sea más perdurable una posible influencia futura de los Machado en los poetas por venir, pero aquel influjo unitivo de Juan Ramón Jiménez no lo ejercieron en vida.
"Aparte de este aspecto beneficioso de la crítica juanramoniana queda el malo. Su criterio estético y su pasión le arrastran a la saña, al odio personal, al ataque feo. Lo hemos visto actuar así con Guillén, con Neruda y con León Felipe muy especialmente."[64]

A las diferencias de carácter entre Machado y Baroja dedica Moreno un interesante párrafo en "Palabras sobre Antonio Machado", refiriéndose a la humildad del primero, ya aludida en otras páginas. Como veremos, de nuevo la guerra justifica las comparaciones. Para un exiliado defensor de la República como él, será siempre una herida abierta. Retomamos una cita anterior: "Mi trato con Antonio Machado no fue muy seguido, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de su humildad, y debo decir que no era una humildad judaica, que se echa a los pies de los caballos sobre todo si son poderosos, sino aquella humildad del clásico que, siendo sabio, declara no saber nada. Su humildad iba envuelta en dignidad. No creo que fuese una calca de la humildad cristiana, pero de ella se desprendía caridad, es decir, amor al prójimo, benevolencia en los juicios, templanza en los movimientos.
"Sería curioso parangonar la humildad de Machado con la de Baroja. Yo veo que la de éste va acompañada de desdén. Mientras la de Machado parece decir: 'No vale uno nada, pero soy hombre y miro en el prójimo al hombre', la de Baroja parece que dice: 'No vale uno nada, pero, aparte de seis u ocho figuras humanas, los demás hombres son birrias despreciables'.
"¿No se ve claro ahora por qué la humildad de uno lo situó con nosotros al llegar la guerra y, al otro, con los contrarios?"[65]

En lo que respecta a Unamuno, de las páginas en que Moreno lo recuerda se infiere una diferencia fundamental con Machado que coincide con la caracterización general de ambos, la cual atribuye al "búho de Salamanca" una actitud proclive a la "teatralidad y farsantería" contrarias al recogimiento habitual de Machado.

Esta diferencia incide en el carácter "nada brillante" de este último, que gustaba de la expresión llana frente a un Unamuno de conversación aguda, casi intransigente. Veamos qué dice de Machado en este sentido: "Pero hubo otros, como Antonio Machado, cuyos timbres humanos sonaron sin amortiguadores. Antonio era un hombre nada brillante. No tenía esos destellos del agudo, ni esas frases ingeniosas o preparadas en el cuarto de estudio como las tenían otros."[66]

Leamos ahora unas palabras sobre Unamuno en *Los autores como actores:* "Acaba uno por no fiarse de hombres así. Les vemos el juego, que en Unamuno fue muchas veces juegos de palabras, sofistiquerías ingeniosas."[67]

Páginas más adelante, al hilo de un retrato de Baroja, leemos lo siguiente: "No trae a la charla 'discos' grabados como lo hacía Unamuno."[68]

O, relacionándolo con Ortega: "En los diálogos o en pequeños grupos, Ortega resulta un conversador inestimable, que sabe escuchar y responder verdaderamente, siguiendo el hilo, no rompiéndolo, como Unamuno, para colocar lo que venía rumiando."[69]

Una vez que hemos apuntado, guiados por Moreno, las divergencias de Antonio Machado en relación a Juan Ramón Jiménez, Baroja y Unamuno, volvamos sobre los autores que centran nuestro estudio. En páginas anteriores señalamos posibles puentes de unión entre Moreno Villa y Antonio Machado. Podríamos apuntar más concomitancias en el talante vital y artístico de ambos autores. A los dos corresponde una doble faz, una doble dimensión castellano-andaluza que marcará sus escritos. En "Las cinco palabras de Antonio Machado" anota Moreno su "perfil mixto": "De las encinas ha dicho cosas espléndidas, pero pocas como ésta:

Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida
que es vivir como se puede.

"Estas 'salidas' de Antonio Machado, que algunas veces suenan a Pero Grullo, y otras a voz de la tierra honda por el momento en que las dice, son 'salidas' andaluzas que intercaladas en la seriedad castellana de su segunda época ayudan al perfil mixto de Antonio, andaluz y castellano."[70]

La misma idea subyace en las palabras de Juan Rejano en su "Recuerdo de José Moreno Villa": "Moreno Villa, cuya raíz andaluza es fácil de distinguir en la espontaneidad y la gracia de algunas de sus expresiones y cuyas fuentes de inspiración radicaron casi siempre en los lugares de Castilla, venero de tradición."[71]

A lo largo de su vida coincidieron en acontecimientos como la concesión del Premio Nacional de Literatura del año 25, ambos como jurados en la sección de poesía. Juntos vivieron, años después, una dura experiencia. Los dos salieron juntos de Madrid, en la operación de evacuación de los intelectuales que residían en la capital. Dos capítulos de su autobiografía: "La hora de la catástrofe" y "Vida en Valencia", son documentos inestimables sobre aquellos sucesos. No queremos dejar de incluir algunos fragmentos en que se ve a Antonio Machado inseparablemente acompañado de su madre: "En casa de Prados me enteré que nos daban un banquete de despedida en el Cuartel del Quinto Regimiento (...). Ellos fueron los que se ocuparon de sacar de Madrid a los artistas e intelectuales. Allí vi a los que

habían de ser mis compañeros de viaje. Al doctor Pío del Río Hortega, a Antonio Machado, al pintor López Mézquita, al pintorazo Gutiérrez Solana, al escultor Victorio Macho, a Navarro Tomás, al psiquiatra doctor Sacristán. Y a todos con sus familiares. Nos acomodamos en dos grandes camiones amparados por milicianos bien pertrechados, jóvenes comunistas sumamente discretos y atentos con los viajeros. Salimos al atardecer. A las nueve estábamos en Tarancón, el paso difícil, el pueblo donde la FAI dejó aterradora fama (...). Durante el trayecto me enteré de que la madre de Antonio Machado y él mismo habían dormido en el suelo la noche pasada en Tarancón. ¡Pobre vieja, qué entera y qué simpática!"[72]

En el capítulo "De la mano de las musas" había concentrado estos sucesos recordando la última vez que había visto a Machado: "La última vez que le vi fue en Valencia. Salimos de Madrid en el mismo camión. Llevaba ocho o nueve personas de la familia. Hicimos noche en el terrorífico pueblo de Tarancón y su pobre madre tuvo que dormir en el suelo."[73]

Recuerda también Moreno su participación común en actos de apoyo a la República: "En Valencia intervine en dos actos públicos. El primero, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública, tuvo lugar en la plaza mayor de la ciudad, donde levantaron una tribuna bastante flaca e incómoda, sin un mal banco donde sentarse, ni escalera para subir. Recuerdo los apuros de Machado para trepar por unas vigas o tablones estando tan torpe de movimientos como estaba. El Ministerio explayó su discurso, Machado leyó su poema a la muerte de García Lorca, León Felipe un romance, y yo no sé si intervine aquella tarde u otra, leyendo algunos de los poemas de guerra."[74]

Citemos, por último, unas palabras que bien pudieran ser una visión postrera del poeta: "Su madre, octogenaria cuando estalló la guerra intestina, salió con él de Madrid —yo diría que como gloriosa niñera— y le siguió más allá de los linderos nacionales, donde encontraron el hoyo del destino."[75]

En las páginas precedentes hemos intentado dar a conocer los rasgos principales del Antonio Machado recreado por el polifacético "Leonardo malagueño". Quede el detenido análisis comparativo de la estética común de sus obras para más reposada ocasión.

NOTAS

* No me hubiera sido posible elaborar esta comunicación sin la amable ayuda de D. Juan Pérez de Ayala, quien me ha facilitado una parte esencial del material consultado. Asimismo, agradezco a la familia del profesor Juan Manuel Rozas haberme permitido el libre acceso a su biblioteca. Existen dos artículos: "Gracejo en Antonio Machado" *(Novedades,* 20 feb. de 1955) y "Detención del tiempo" que no me ha sido posible hallar para la realización de este trabajo.

1. Incluido en el volumen de estudios literarios *Leyendo a...,* México, El Colegio de México, 1944. En este conjunto de ensayos, José Moreno Villa, según el lema que lo introduce: "Las palabras son el cuerpo del espíritu", extrae y comenta las palabras más significativas de la obra de varios autores, desde Garcilaso a Federico García Lorca. En "Las cinco palabras de Antonio Machado" (pp. 85-99), señala como vocablos más relevantes: *"tarde", "tierra", "polvoriento" y "un";* a través de ellas recrea el espíritu y la evolución de la obra machadiana. Este estudio, pese a su brevedad, puede considerarse uno de los pioneros de la bibliografía de Antonio Machado dadas su temprana fecha de publicación y las coclusiones a las que Moreno llega guiado por la más fina intuición.
2. Publicado en *Las Españas,* II (4), 29 mar. 1947 como "Acto en recuerdo de D. Antonio Machado", en el que participaron, además: J. J. Domenchina, Juan Gil Albert, C. Méndez y A. S. Vázquez. Recogido en el volumen *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá,* Madrid, F.C.E., 1976, pp. 126-132.
3. Recogido en la revista *Diálogos,* núm. 112, México D. F., julio-agosto, 1983. Al final del artículo leemos: México, 29, abril, 1940.
4. México DF, El Colegio de México, 1944.
5. Citaremos en nuestro trabajo la serie de 13 artículos "Memorias revueltas. Algo sobre poesía", publicada en *El Nacional* entre los meses de abril y agosto de 1952.
6. Conocidas son las palabras de *Vida en claro* en que Moreno Villa, en su viaje de regreso de Nueva York y tras la fracasada experiencia con Jacinta, evoca nostálgicamente la vida intelectual madrileña: "... que Madrid hierve, que mis amigos quieren superarse. Todos, todo un enjambre. Hay un rumor renacentista que los mantiene en vilo. ¡Qué maravilla! Durante veinte años he sentido ese ritmo emulatorio, y he dicho: así vale la pena de vivir. Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país?" (p. 140).
7. "El español...", art. cit., p. 32.
   La dedicatoria a la que Moreno se refiere es la que encabeza su libro *Garba* (Madrid: Imprenta de José F. Zabala, 1913): "Adornen estas hojas los nombres de tres poetas: Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez."
8. *Los autores* ..., ob. cit., p. 131.
9. Ob. cit., pp. 89-90.
10. En las numerosas ocasiones en que Moreno Villa habla de los autores que conoció, ya sean Unamuno, Machado, Juan Ramón, Ortega o d'Ors, no distingue entre "Generación del 98" y "Generación del 14". Parece incluirlos a todos ellos, los mayores que él o de edad aproximada entre "los autores del 98" y hace grupo común con los más jóvenes, "los alacres" o "la nueva generación" que no son sino los estudiados como autores del 27. Ver: *Vida en claro,* cap. "Vuelta al retiro y la nueva generación".
11. En *Los autores...* leemos: "Con la generación del 98 apareció en el campo del trabajo espiritual una clase nueva: la de los intelectuales. Hoy el término ha perdido su contorno original. Entonces, a principios de siglo, los intelectuales fueron los escritores que con fundamentos filosóficos ejercían la crítica", p. 34.
12. "(Cómo fue) el camino con las musas", Variante del capítulo de *Vida en claro* "De la mano de las musas", publicado por Juan Pérez de Ayala en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, número 3, diciembre, 1987.
13. *El pasajero,* "Con un ensayo de José Ortega y Gasset"; Madrid: Renacimiento, 1914.
14. "Cómo fue..." ob. cit., p. 99
15. Ver *Vida en claro,* p. 86 y "Cómo fue ..." p. 99. El poema, con la dedicatoria "a José Moreno Villa, que al incendiar su primera selva, ha intentado quemar el amor", se publicó el 2 de noviembre en "los lunes de El Imparcial". Para la relación-influencia de Juan Ramón y Ortega, ver: Luis

Izquierdo Salvador, modernismo y vanguardia en la poesía de José Moreno Villa. Resumen de la tesis doctoral. Centre de Publicacions Intercamvi Cientific i Extensión Universitaria. Barcelona, 1982, p. 1.

16. "Reflexiones sobre la lírica"; en *Rev. de Occidente*, año III, número XXIV, Madrid, junio de 1925.
17. Francisco Javier BLASCO PASCUAL, en *La poética de Juan Ramón Jiménez* (Studia Philológica Salmanticensia. Anejos. Estudios 6. Ediciones Universidad de Salamanca. 1981, p. 133) comenta "la importancia programática que Ortega confirió al ensayo sobre la metáfora que hace las veces de prólogo de 'El pasajero' y cita las siguientes palabras de Juan Ramón: 'Cuando Ortega escribió el prólogo para *El pasajero*, de José Moreno Villa (...) lo leyó en la sobremesa de una comida en su casa de Zurbano a Moreno Villa, a Américo Castro y a mí, y al terminar, me dijo Ortega: "usted tiene la obligación de dar ejemplo constante a estos jóvenes'".
18. *Caracola*, n.º 48, octubre de 1956.
19. "Memorias revueltas. Algo sobre poesía", en *El Nacional*; México, 19 de agosto, 1952.
20. "El español ...", art. cit., pp. 32-33.
21. "Memorias ...", en *El Nacional*; México, 24 agosto, 1952.
22. Veamos, por ejemplo, qué dice Cernuda en el capítulo dedicado a Moreno, en sus *Estudios sobre poesía contemporánea* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1957): "Este, guiado por cierta especie de fatalismo o de pereza fatalista, aceptó casi siempre su trabajo como el primer impulso se los deparaba. Con lo cual no quiero decir que sea enemigo del esfuerzo, sino más bien que es amigo de la espontaneidad y naturalidad, y que al mismo tiempo detesta lo 'acabado', lo 'trabajado' en poesía o en arte. Por muy amigo que sea un poeta de dichas cualidades no siempre puede ni debe aceptar los versos tal como se le ocurren en un principio; y en Moreno Villa, aunque no haya sido nunca un escritor fácil, el recelo a la insistencia sobre el trabajo espontáneo ha contribuido a que, algunas veces, sus poemas parezcan, más bien, borradores y esbozos de poemas" (p. 121).
23. "Memorias...", 24 agosto, 1952.
24. La poética de Moreno que introduce su selección de poemas en la antología de Gerardo Diego *Poesía española contemporánea* se cierra con este epigrama: "lo más lejano a mi poética: lo parnasiano". Recordemos las palabras de Antonio Machado en el prólogo a la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas*, "Ningún alma sincera podía aspirar entonces al clasicismo, si por clasicismo ha de entenderse algo más que el diletantismo helenista de los parnasianos."
25. Luis CERNUDA, ob. cit., p. 122.
26. Rafael ALBERTI: *La arboleda perdida*; Barcelona: Seix Barral, 1975, p. 196.
27. "Memorias...", ob. cit., 11 mayo, 1952.
28. Ya es significativo que Cernuda, en sus *Estudios...* incluya a Moreno en el apartado III: "Transición", junto a León Felipe y Ramón Gómez de la Serna. Entre los numerosos autores que se han ocupado de la condición de "puente" de Moreno Villa citaremos a Ricardo Gullón: "Fue Moreno Villa uno de los eslabones perdidos (para muchos) de la cadena que une a los grandes de comienzos de siglo, Giner, Unamuno, Menéndez Pidal... y a los escritores que con tanta brillantez irrumpieron en los años veinte: Guillén, Lorca, Alberti..." ("Iluminación de Moreno Villa"; en *El País*, 1 agosto, 1976).
29. Luis Izquierdo Salvador (ob. cit.) ya apuntaba esta idea: "La figura de José Moreno Villa corresponde, en su proyección creadora, al período situado entre el Modernismo (y el 98) y el primer vanguardismo ecléctico de los años veinte. La relación de este autor, tanto con figuras señeras determinantes hacia el último cuarto del siglo XIX (Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, José Ortega y Gasset) como con algunas muy significativas del grupo del 27, le sitúa en una posición privilegiada para entender el desenvolvimiento poético contemporáneo."
30. *Vida en claro*, ob. cit., p. 144.
31. *Vida en claro*, ob. cit., p. 154.
32. *Estudios sobre...*, ob. cit., p. 130. La división en etapas de la obra de Moreno Villa varía ligeramente según los autores. Cirre considera que la segunda etapa comienza ya con *Colección*, mientras que Luis Izquierdo piensa que es éste el libro que cierra la primera fase de su producción poética. Coincidimos, en líneas generales, con la clasificación que establece Cernuda en la obra citada.
33. Esteban SALAZAR CHAPELA en el homenaje de *Caracola* (ob. cit.) apuntaba: "Muy próximo a Juan Ramón Jiménez, pero sin recibir todavía de éste, por varios motivos, el impacto que habían de recibir las tandas o generaciones siguientes; muy próximo asimismo a los primeros libros de Unamuno y Machado; oyendo aún en el aire los claros clarines de Rubén Darío."

34. La asimilación de la obra de Manuel Machado queda perfectamente reflejada en el magnífico estudio que le dedica en *Los autores* (ob. cit., pp. 102-125), "Manuel Machado, la manolería y el cambio". Cernuda se encargó de señalar la huella de Manuel junto a la de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, indicando, además, que fue Moreno el paso intermedio entre Manuel Machado y Federico García Lorca o Rafael Alberti: "pero al eco circunstancial de Machado y algo de Jiménez se une en ciertos versos suyos al de otro poeta del 98 a quien no hemos aludido en estas páginas, entre otras cosas por lo insustancial y afectado de su obra: me refiero a Manuel Machado, hermano del grave Antonio. (...) Esto es tanto más necesario subrayarlo cuanto que probablemente la poesía de Moreno Villa fue el puente por donde dicha tendencia poética pasa a Federico García Lorca y Rafael Alberti (*Estudios...* ob. cit., p. 123). A menudo Moreno se refiere a los dos hermanos y a las diferencias que existen entre ambos, que se resumen quizás, en esta frase de "Las cinco palabras..." (art. cit., p. 88), "Antonio fue investido de dignidad, Manolo de torerismo."
35. "El español...", art. cit., p. 31.
36. "Las cinco palabras...", art. cit., p. 86.
37. "El español...", art. cit., p. 33.
38. "Téngase en cuenta que entre sus versos asoma en ocasiones algo de la influencia que el ambiente espiritual del 98 ejerció sobre él tempranamente, sobre todo la preocupación españolista" (ob. cit., p. 125).
39. Ver "Autores y tramoyistas de la historia del arte" en *Vida en claro*.
40. *Colección*; Madrid: Caro Raggio, 1924.
41. "Los lanzadores de temas" en *Los autores...*; ob. cit., p. 56.
42. Art. cit., p. 33.
43. "El español...", art. cit., p. 32.
44. Parece que Moreno "olvida" voluntariamente su *Jacinta la pelirroja* y, sobre todo, su serie de *Carambas*, escritas en la línea más puramente surrealista.
45. "Memorias revueltas...": en *El Nacional*, 1 de junio, 1952.
46. "El español...", art. cit., p. 32.
47. Ob. cit., 11 de mayo, 1952.
48. "Palabras...", art. cit. *Los autores...*, ob. cit., pp. 129-130.
49. "Reflexiones...", art. cit., pp. 364-365.
50. *España*; Madrid, enero, 1915. Moreno la transcribe en *Vida en claro*, p. 192.
51. "Los autores...", ob. cit., p. 9.
52. *Vida en claro*, ob. cit., p. 89.
53. "Cómo fue el camino...", art. cit., p. 100.
54. Recordemos los versos que le dedica Guillén en el homenaje de *Caracola*:

    "Al sol de su propio islote
    florecía discreción
    lozana de mero brote.
    Sobrio, sonriente, pulcro,
    fue recreándose en gracia
    desde la cuna al sepulcro."

    O el retrato de Esteban Salazar Chapela en la misma revista: "Moreno no tenía tipo de literato. (...) Daba personalmente la impresión de ser un arquitecto, o un abogado, o un comerciante distinguido, dueño de una solitaria joyería de lujo, por ejemplo. Pulcro hasta lo escamondado, bien trajeado pero sin preocupación de elegancia; con el sombrero un poco inclinado hacia el occipucio, el cigarrillo perpetuo en la mano izquierda, Moreno Villa dibujaba un caballero sin retórica. La misma impresión continuaba cuando se hablaba con él. (...) Naturalidad. Naturalidad absoluta. (...) En esto era Moreno Villa muy de su ciudad natal, Málaga, distinguida por su elegancia."
55. "Palabras sobre..."; en *Los autores...*, ob. cit., p. 126.
56. "El español..." art. cit., p. 31.
57. "Palabras sobre..."; en *Los autores...*, ob. cit., pp. 127-128.
58. Art. cit., p. 31.
59. "El español...", art. cit., p. 31.
60. "Cómo fue...", art. cit., p. 100.
61. "Cómo fue...", art. cit., p. 100.

62. "Cómo fue...", art. cit., p. 99.
63. "El español...", art. cit., pp. 31-32.
64. "Memorias revueltas..."; en *El Nacional*, 8 de junio, 1952.
65. "Palabras sobre..."; en *Los autores...*, ob. cit., p. 131.
66. "Cómo fue...", art. cit., p. 100.
67. "Modos de soportar los trabajos"; en *Los autores...*, ob. cit., p. 17.
68. "El talante y la obra"; en *Los autores...*, ob. cit., p. 19.
69. "El talante y la obra"; en *Los autores...*, ob. cit., p. 20.
70. "Las cinco palabras..."; en *Leyendo a*, ob. cit., p. 94.
71. Epílogo a *Voz en vuelo a su cuna*; México: Ecuador, noviembre, 1961.
72. *Vida en claro*, ob. cit., pp. 223-226.
73. *Vida en claro*, ob. cit., p. 90.
74. *Vida en claro*, ob. cit., p. 230. En *Los autores...* se refiere a Antonio Machado y a su muerte con estas palabras: "Y no hay que embrollar las cosas exigiéndoles a los de ayer el criterio revolucionario de la revolución proletaria. En este sentido, Pablo Iglesias resulta más joven que Antonio Machado, muerto fuera de su patria por haber querido correr la suerte de los republicanos. Murió con 'los rojos' sin ser comunista, y, a mi entender, bastante conservador y bastante revolucionario." "Pero amigos, es que hay conservadores y conservadores, como hay revolucionarios de muchas categorías" (p. 58).
75. "Palabras..."; en *Los autores...*, ob. cit., p. 127.